

Enrique LLOPIS, ed.

*El legado económico del Antiguo Régimen en España*

Barcelona, Crítica, 2004, 331 pp.

Este libro trata de responder a la pregunta de cuál ha sido, en palabras de Enrique Llopis, “el grado y el modo en que el legado del pasado condicionó los resultados obtenidos por la economía española en la Edad Contemporánea” (p. 7). Se aborda así de forma explícita una de las causas que los historiadores económicos han tendido a señalar a menudo como esenciales para explicar el atraso económico contemporáneo de nuestro país. Aunque, en principio, la gestación del libro se ha producido en diferentes encuentros de didáctica de la historia económica y su enfoque principal es ofrecer nuevos materiales bibliográficos, información cuantitativa y nuevos análisis y temáticas, resulta de gran interés para cualquier investigador atraído por el tema.

El libro está organizado en 10 ensayos independientes que cubren ampliamente la mayor parte de los aspectos más importantes de la cuestión: una visión introducatoria (capítulo 1), los aspectos políticos, geográficos y demográficos del Antiguo Régimen (capítulos 2 al 4), la evolución de la economía española desde una perspectiva sectorial (capítulos 5 a 8), y finalmente dos temas relevantes y, en cierto modo, novedosos como el consumo y los niveles de vida (capítulos 9 y 10).

En el capítulo introductorio, Enrique Llopis proporciona una visión de conjunto y el contexto en el que se enmarcan las principales preguntas del libro. En un primer apartado, ofrece el balance de los últimos trabajos de reconstrucción de series cuantitativas españolas de producto *per capita*, población total y urbana, productividad agraria, salarios nominales y reales, entre 1500 y 1800, en el contexto europeo. Según el autor, la trayectoria de la economía española mostraría que hubo crecimiento, pero no crecimiento de la renta *per capita*, y que España se habría rezagado en 1800 con respecto a Europa occidental. En la medida en que una parte no desdoblable de la población española habría visto empeorar sus niveles de vida, a la par que disminuían los salarios reales, y que la productividad agraria habría disminuido, el balance de conjunto no sería por tanto optimista. El autor, sin descartar la importancia de los recursos naturales como obstáculo a la adopción de las nuevas técnicas agronómicas, insiste en el hecho de que fueron factores institucionales, como el sistema fiscal, la rigidez en el acceso a la tierra o la inseguridad jurídica en buena medida como consecuencia de la política de los Austrias, los que impidieron que se aprovecharan mejor las oportunidades de crecimiento existentes, que quizás hubiesen permitido alimentar a una población muy superior (hasta un 50 por 100 más) sin cambio tecnológico y con un nivel de vida muy similar.

El capítulo de Emilio La Parra, que analiza el legado político, abre la segunda parte de la obra. El autor no enfoca el legado tanto por el lado de las pervivencias

como por el del impacto que tuvieron las características políticas de las últimas décadas del siglo XVIII en el carácter diferencial del liberalismo español y, por tanto, del sistema político del siglo XIX, entre las que destacarían el descrédito del poder ejecutivo y la fortaleza de los grupos dominantes. Rafael Dobado presenta en el capítulo 3 un análisis del papel de la geografía en el crecimiento económico español. El autor muestra que determinadas diferencias geográficas (altitud, pluviosidad, acceso al mar) o “de primera naturaleza” explican diferencias de desarrollo regional, pero además, que estas mismas diferencias iniciales pueden amplificarse por motivos geográficos (en este caso, “de segunda naturaleza”), debido a los rendimientos crecientes. Finalmente, Vicente Pérez Moreda a partir de una revisión de las series demográficas existentes, señala, por una parte, que la evolución española no fue muy distinta de la de otros países europeos y, por otra, que el cambio de régimen político no alteró sustancialmente el patrón de diferenciación regional existente.

En el capítulo 5, José Antonio Sebastián estudia la evolución agraria. Por un lado, señala que la crisis de finales del siglo XVIII no fue tan grave como se había pensado, y ello debido a que se estaba iniciando ya un proceso de intensificación de cultivos y de roturación, aprovechando la crisis de legitimidad de los privilegiados, el cual se mantendría durante la primera mitad del siglo XIX. La reforma agraria liberal consolidaría estos cambios sin alterar, sin embargo el crecimiento extensivo vinculado a los cereales tradicionales. Josep María Benaul y Alex Sánchez analizan la importancia de la herencia manufacturera a través de cuatro sectores, mostrando la existencia de una gran relación entre tempranas innovaciones en el siglo XVIII y éxito del sector o de la región en el siglo siguiente. En el capítulo 7, José Ramón Moreno analiza la articulación y desarticulación de las regiones económicas, atribuyendo una gran importancia a la especialización temprana, destacando, en particular, la existencia previa de redes comerciales o de mano de obra cualificada. Juan Zafra también muestra, en el caso de la Hacienda, la importancia de las permanencias incluso después de las reformas de mediados del siglo XIX, entre otros, del sistema de cupo, de las formas privadas de gestión tributaria, del recurso a los impuestos indirectos y de la desigualdad de la contribución.

En el capítulo 9, José Bernardos aborda los cambios en las pautas de consumo entre 1750 y 1850, tratando de poner en cuestión, en especial, algunas visiones tradicionales, como la que asocia la aparición de una sociedad de consumo al surgimiento de la revolución industrial o los límites al consumo de productos no alimenticios en los sectores más pobres. Por último, Rafael Domínguez realiza un balance muy detallado de los estudios más recientes sobre los niveles de vida y los indicadores de bienestar social en España entre 1750 y 1840, a través de diferentes indicadores (salarios reales, estaturas, mortalidad infantil y consumo de lujo) y desde una perspectiva comparativa regional. Su trabajo concluye con un programa de investigación futuro.

Los ensayos son, en conjunto, homogéneos y los autores han hecho, sin lugar a dudas, un gran esfuerzo con el objeto de actualizar el estado de la cuestión del período 1750-1850. También existe un cierto consenso sobre el concepto de legado, tal y como aparece reflejado en el capítulo introductorio, es decir, qué aspectos del Antiguo Régimen han restringido (generalmente de forma negativa) la senda seguida por la economía española del siglo XIX, desmarcándose así de los que achacan el atraso a una peor dotación de recursos naturales y no a factores históricos. Ahora bien, aunque uno estuviera dispuesto a aceptar el punto de vista del libro, se echa de menos un enfoque más comparativo, sobre todo con otros países europeos. Es verdad que se ofrecen series estadísticas que colocan, y de forma muy lograda, los resultados españoles, económicos o demográficos, en una perspectiva europea. Pero los análisis propiamente dichos no se hacen desde esta perspectiva. Si una de las hipótesis es, por ejemplo, el papel de la desigualdad de la riqueza en la mala asignación de recursos y en el crecimiento, convendría mostrar también de qué manera se aplica a otros países. Y no está claro que éste sea el caso. El libro ofrece muchas hipótesis —quizá demasiadas, lo que dificulta a veces hacerse una clara idea de cuáles fueron las decisivas— pero es cierto que raramente se hacen teniendo presente de qué manera afectaron al desarrollo de otros países, o bien no se hace explícito. El papel de los contratos agrarios, de las trabas al funcionamiento de los mercados, de la influencia de los privilegiados, de la desigualdad impositiva o del sistema fiscal, también ha sido utilizado para explicar los problemas de crecimiento en otros países europeos y no queda claro si era diferencial en el caso español, suponiendo que fuera un caso especial. En este sentido, una historia económica de España desde una perspectiva comparada, ayudaría mucho a entender sus singularidades y a poner de relieve la especificidad de su legado de forma más convincente.

A pesar de estas cuestiones, el libro aporta temas de gran novedad, tales como el papel de la geografía de primera o segunda naturaleza, los aspectos metodológicos sobre la medición del bienestar en ese período, o el análisis de las redes comerciales, entre otros muchos, y será sin duda de gran interés para el público al que va dirigida esta obra.

**Juan Carmona Pidal**  
*Universidad Carlos III, Madrid*